

do á componer todo un diccionario con las palabras españolas y portuguesas que se han derivado del árabe.

En la misma Francia el árabe ha dejado recuerdos importantes; de modo que Sedillot hace observar con razón que los dialectos de Auvergne y del Limousín están «llenos de vocablos árabes, y que los nombres propios tienen frecuentemente una forma árabe completa.»

«Era muy natural, exclama el autor que acabo de citar, que los Arabes, que eran señores del Mediterráneo desde el siglo VIII, diesen á Francia é Italia la mayor parte de los vocablos de marina, como *almirante, escuadra, flota, fragata, carabela, corbeta, falúa, chalupa, sloop, barca, chusma, dársena, calafate, estacada*, y en primera línea la *brújula*, impropriamente atribuída á los Chinos; era natural que en la formación de los ejércitos permanentes se adoptasen los *títulos* dados á los oficiales de los ejércitos árabes; el *grito de guerra de los Arabes*; el empleo de la *pólvora*, de las *bombas*, de las *granadas*, de los *obuses*; y que en la administración los vocablos de *síndico*, de *ayudas*, *gabelas*, *alcabalas*, *tarifas*, *aduanas*, *bazar*, etc., se tomasen de los gobiernos de Bagdad y Córdoba. Los reyes de Francia de la tercera raza imitaban á éstos en todo; y así la mayor parte de las palabras de las *grandes cacerías* se tomaron de los Arabes; pues la palabra *torneo*, que los lexicógrafos modernos derivan de *torneamentium*, procede del árabe *turnu*, espectáculo militar; pero en lo que debemos particularmente fijarnos es en la nomenclatura científica. Nuestra astronomía está poblada de expresiones árabes: *azimuts, zenith, nadir*, las piezas del *astrolabio*, *alidada, alancabuth*; los nombres de las estrellas Aldebarán, Rigel, Altair, Wega, Acarnar Aghol, etc.; lo mismo hallamos en las matemáticas: *cifras, cero, álgebra*, etc.; en química hay: *alquimia, alcohol, alcali, alambique*; y en historia natural y en la medicina, *bol, elixir, jarabes, julepes, sorbetes, mirabolanos, y ese haschisch*, del cual se ha originado la palabra *asesinos*.»

El autor de un reciente diccionario etimológico de la lengua francesa asegura que la permanencia de los Arabes en el Mediodía de Francia no dejó ningún rastro ni en el patués ni en la lengua. Pero en vista de lo precedente se juzgará del escaso valor de semejante opinión, siendo muy extraño que todavía hoy lleguen á repetirla hombres verdaderamente instruídos.

La lengua árabe es riquísima, y su riqueza

se ha acrecentado continuamente con la adición de vocablos nuevos tomados de los idiomas con los cuales ha estado en contacto. Así es que el diccionario de Ibn-Seid, que falleció en 1065, constaba ya de veinte tomos.

II

FILOSOFÍA DE LOS ÁRABES

Cuando los Arabes entraron en el terreno de la civilización, su filosofía se reducía á esas nociones de psicología práctica, producto de la experiencia, que no se enseñan en los libros, por más que sean las únicas de que generalmente se hace uso en la vida.

Los Griegos, que fueron sus primeros maestros en diversas ciencias, fuéronlo también en filosofía; y las obras de Aristóteles, Tales, Empédocles, Heraclio, Sócrates, Epicuro y todos los autores de la escuela de Alejandría pasaron luego al idioma árabe.

Pero así como en todas las ciencias susceptibles de comprobación experimental los Arabes aventajaron luego á sus maestros, en filosofía adelantaron poquísimos, á causa de no prestarse ésta entonces á aquellos trabajos comprobatorios.

Aunque los filósofos fuesen muy estimados en las universidades, eran mal reputados entre las masas, y á fin de evitar que sus doctrinas las sublevaran, los califas se vieron frecuentemente obligados á desterrarlos por cierto tiempo.

Sin embargo la oposición popular no dejaba de tener buenos fundamentos, pues los filósofos habían acabado por rechazar la mayor parte de los preceptos del islamismo, no admitiendo más que los dogmas fundamentales, como la unidad de Dios y la misión de Mahoma. En vez de reducirse á exponer sus ideas delante de las personas ilustradas, las enseñaban públicamente, escandalizando así á los creyentes.

Verdaderamente corresponden á los Arabes las primeras manifestaciones de lo que los tiempos modernos han llamado libre pensamiento. En efecto, á pesar de la gran reserva que se veían obligados los filósofos á guardar en sus libros, no podían menos de estampar en ellos con frecuencia reflexiones que indican bastante escepticismo. Así vemos, por ejemplo, que Abulala Tenuki, que vivía en el siglo X, asegura que en el mundo hay dos clases de gente: unos que tienen talento y carecen de religión,

y otros que tienen religión, y carecen casi de todo talento.»

A fin de quedar en paz con las masas, los filósofos árabes se resolvieron á separar la religión y la ciencia, como formalmente lo demuestra el célebre Al-Gazzali, que enseñaba en Bagdad en el siglo XI.

«Las verdades consagradas por la razón,—dice,—no son las únicas, puesto que existen, otras, de las cuales nuestro entendimiento es incapaz de dar cuenta; y por consiguiente nos es forzoso aceptarlas, aunque no podamos deducirlas lógicamente de principios conocidos. Nada existe que no sea razonable en la suposición de que sobre la esfera de nuestra razón haya otra esfera, la de la manifestación divina; y si ignoramos del todo sus derechos y leyes, basta para admitirla que el entendimiento pueda aceptar la posibilidad de su existencia.»

El filósofo árabe más conocido y más influyente de Europa fué el célebre Averroes; el cual, aunque generalmente tenido por simple comentador de Aristóteles, parece deducirse de sus comentarios que va á veces mucho más allá que su maestro. En efecto, no pocos puntos de sus doctrinas harían hoy mismo buen papel. Si Averroes no fué un libre pensador en el sentido que ahora se da á esta frase, puede asegurarse que habló de muchas cosas de un modo muy libre; y los pasajes siguientes sobre la inmortalidad del alma y las bases de la moral, que tomo de Mr. Renán, darán idea de su gran independencia.

«Según Averroes, el intelecto universal es incorruptible y separable del cuerpo; y el intelecto personal es perecedero, y muere con el cuerpo.

»Enseñaba la negación de la inmortalidad y de la resurrección; como también la doctrina de que los hombres no deben esperar otra recompensa que la que obtengan aquí en la tierra, con su propia perfección.

»La distinción de los individuos nace de la materia, y la forma, por el contrario, es común á todos; y como lo que produce la permanencia es la forma y no la materia, la forma da el nombre á los objetos, y por esto una hacha sin corte, no es una hacha, sino un hierro. Sólo por abuso puede llamarse hombre á un cadáver. Así es que como pluralidad, el individuo desaparece; pero como representante de un tipo, es decir, en el concepto de miembro de una especie, es inmortal.

»Además el alma individual nada percibe sin

la imaginación, y así como los sentidos no quedan impresionados sino en presencia de los objetos, así también el alma no piensa sino delante de la imagen; resultando que el pensamiento individual no es eterno, pues si lo fuese las imágenes también lo serían; y que, aunque incorruptible en sí mismo, el intelecto es corruptible por su manera de trabajar.

»Respecto de los mitos populares sobre la otra vida, Averroes no oculta la aversión que le inspiran. «Entre las ficciones peligrosas, dice, deben figurar las que no consideran la virtud, sino como un medio de alcanzar la felicidad. La virtud, así considerada, no tiene valor ni mérito alguno, puesto que si el hombre se abstiene de ser voluptuoso, lo hace guiado por la esperanza de obtener una amplia recompensa por tal abstención, y por consiguiente el Árabe no va en busca de la muerte sino para evitar mayores males, y si el Judío respeta los bienes del prójimo es únicamente con objeto de adquirir el doble. Semejantes fábulas no sirven más que para falsear el espíritu del pueblo, y sobre todo de los niños, sin ninguna ventaja para hacerlos mejores. Yo conozco hombres de perfecta moralidad que rechazan todas estas tonterías; á pesar de lo cual su virtud no es nada inferior á la de los que las admiten.»

III

LITERATURA DE LOS ÁRABES

La poesía entre los Arabes.—La antigua literatura del Yemen y de otras partes civilizadas de Arabia nos es completamente desconocida, y las obras más recientes son posteriores á la Era cristiana y apenas anteriores á Mahoma, constanding de poesías guerreras, en las que se celebran los combates y el amor. Como los Griegos de las edades heroicas, los Arabes eran aficionados á que la música sonora de sus poetas encomiase sus hazañas.

Esas poesías se expresan con frecuencia por medio de imágenes y símbolos, únicas formas accesibles á pueblos primitivos que sienten vivamente, y piensan poco; y difieren mucho de las poesías bíblicas, de las cuales no tienen nunca el tono profético, ni el lirismo sanguinario y sombrío; de modo que sus descripciones de batallas no se parecen en nada á esas relaciones de matanzas salvajes, de degüellos, aniquilamientos y maldiciones perpetuas de Jehovah, de las cuales rebosa el Antiguo Testamento.